

# La silla, artefacto desustanciado

Antonio Bustamante Serrano

**Este breve texto (tomado del libro titulado *Sentarse como Dios manda. Ergonomía en la vida diaria*), entrega, en medio de la abundancia de discursos sobre el sedentarismo, una breve mirada a los usos y manejos de la silla, el trono por excelencia de los “quietos”.**

Según la hipótesis aquí expuesta, la sedestación en forma de cuatro aparece en el Neolítico y se consolida en las civilizaciones agrícolas de épocas ya históricas. Su enorme prestigio lo debe al hecho de que, en sus orígenes, la sedestación en silla era patrimonio exclusivo de poderosos. Pero hay que matizar qué entendían los antiguos egipcios por “sentarse en forma de cuatro”, ya que incluso la escultura egipcia, que representa a la gente en posturas del cuerpo que parecen imposibles, posturas rígidas, hieráticas, al representar el cuerpo humano sentado, no lo reduce a ángulos rectos, como podría esperarse de ese arte casi cubista. En efecto, el ángulo de la pierna y el muslo de los dioses y faraones suele ser de más 90°, es decir, que el ángulo del muslo con la horizontal es con caída hacia delante.

La postura fetal es muy funcional, es una postura conveniente para el feto que, de otro

modo, no cabría en el útero. Pero desde que nace, el niño comienza una evolución destinada a ponerse en posición erguida. Empieza reptando, arrastrando la barriga como una lagartija, para seguir andando a cuatro patas y acabar en la bipedestación característica de la postura humana, andando como Dios manda, como ha de ser.

La inclinación del asiento con caída hacia atrás es un cambio que induce en el sedente una postura cada vez más parecida a la del feto, cada vez más retrógrada desde un punto de vista ontogenético.

En la actualidad, la mayoría de las sillas inducen un ángulo del muslo con la horizontal, con caída hacia atrás. Con ese ángulo es difícil mantener sanamente la postura del faraón y su prestancia. La postura sedente ha mantenido el prestigio de cuando el faraón Ramsés mandaba en Egipto, pero ha perdido un par de rasgos de calidad de su

origen. La peor postura sedente imaginable corresponde a sillas firmadas, sillas cuyo autor es un personaje famoso de nuestro siglo. Son sillas que inducen una postura que se ha modificado ligeramente, y cambia su esencia fundamental.

La postura en forma de cuatro del faraón no tiene nada que ver con la que induce cualquier silla de esas que llaman “de diseño” de los movimientos moderno y posmoderno, es decir, de las sillas inventadas durante el siglo XX, a partir de la Primera Guerra Mundial. La sedestación del faraón es vertical y la de la silla de diseño, horizontal. El antiguo faraón se eleva, mientras que el hombre moderno se aplasta, encorvándose y poniendo su columna vertebral en situación patógena. Pero entre el faraón y el ciudadano de hoy existe un buen trecho, lleno de sillas variadas y que no siempre han sido tan nefastas como las que venimos sufriendo desde que los maestros del movimiento moderno inventaron unos asientos que ponían a la gente en la postura del simio que sale en el circo imitando a un humano que se sienta.

Entre las dos guerras mundiales, estos artistas innovadores impusieron unas maneras de hacer muebles que sólo tenían en cuenta la simplicidad de su fabricación y que ignoraban absolutamente la biomecánica del usuario. Fue lo mismo que una maldición bíblica la obligación que desde entonces hemos tenido los europeos de sentarnos en los artefactos

proyectados por los arquitectos y proyectistas que, entre las dos guerras mundiales, echaron las bases de un estilo constructivo (el movimiento moderno), también llamado funcionalismo.

El estilo “funcional”, con la excusa de concentrarse en lo práctico, tuvo la desgracia de tirar al niño con los pañales sucios cuando se puso a eliminar adornos de las fachadas de las casas, a hacer desaparecer garras de león de las patas de las sillas y a poner al personal a bailar el charlestón. Los arquitectos se pusieron a copiar los vagones del ferrocarril para solucionar la distribución de las viviendas económicas y a intentar hacer la arquitectura del objeto industrial con un estilo inspirado en el cubismo y realizado con el talante del ingeniero que planea una fábrica, talante que llamaron “racionalista”. Y digo que tiraron al niño con los pañales porque en su ardor revolucionario minimalista, estos artistas del movimiento moderno no tuvieron en cuenta la biomecánica del usuario. Y así nos fue.

En el Renacimiento, Miguel Ángel disecaba cadáveres para entender cómo funcionaban sus clientes y sus modelos por dentro; cuando se observan los muebles de asiento de Antonio Gaudí, se adivina una preocupación por la anatomía del que en ellos ha de sentarse; pero cuando se ven aberraciones biomecánicas, como son gran parte de las sillas de Rietveld, Marcel Breuer, Mies van

der Rohe, Le Corbusier y otros maestros de esta época, nada hace pensar que sus creadores tuvieran en consideración al usuario como a alguien con una biomecánica propia y digna de tener en cuenta. Estas estrellas de la arquitectura del siglo XX eran incultos profundos si los comparamos con el Miguel Ángel que le estudiaba las tripas a su cliente para entenderlo mejor: lo primero era el cliente; después el objeto que se hacía para el cliente. Las estrellas del siglo XX nunca mostraron interés por el cliente ni por su cuerpo, ni por su alma; todo su interés se centró en el objeto: como si fueran ingenieros incultos y primitivos, deshumanizaron el objeto industrial, pero a la vez, lo adoraron.

El ejemplo más llamativo que yo conozco de lo que es la adoración de sillas modernas es el del museo de Weil am Rhein, que expone sillas de las que llaman “de autor”, sillas creadas por los ya citados maestros y por otros “diseñadores” que llevan fama. Pues bien, en ese museo está prohibido sentarse; hay que contemplar la silla como se contemplaría una escultura. Imaginemos que en un museo de pintura estuviera prohibido mirar los cuadros: el disparate sería análogo.

Si bien después de la Primera Guerra Mundial la silla entra en un periodo muy oscuro, también es cierto que antes, desde mediados del siglo XVIII hasta finales del XIX, el asiento “de estilo” alcanzó niveles de mucho mérito biomecánico: por eso hemos dicho que en el

palacio de Luis XV la gente tenía, para sentarse, algunas poltronas que merecen nuestro respeto y nuestra admiración biomecánica y que no carecen, por ello, de lo que los artistas llaman “un estilo inconfundible”.

También durante el siglo XIX la gente que podía se sentaba como Dios manda. En los cuadros de dicha centuria que representan escenas caseras de ambiente burgués, casi siempre podemos admirar posturas sanas, incluso cuando aparece alguien trabajando en labores de bordado o escribiendo en una mesa. Parece como si la Primera Guerra Mundial hubiera acabado con una postura sedente que no hacía daño a nadie para imponer una cultura del sentarse contra natura. La silla “funcional” es un objeto desustanciado.

**Antonio Bustamante Serrano** es arquitecto de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, ergónomo y prevencionista. Docente universitario y consultor, ha publicado, además del libro del cual extractamos el presente texto (*Sentarse como Dios manda*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2007, pp. 31-36), las obras: *Diseño ergonómico en la prevención de la enfermedad laboral* (1995) y *Mobiliario escolar sano* (2004).